

Padre Manuel Malatesta



Inspección Salesiana "Ceferino Namuncurá"



P. MANUEL MALATESTA, SDB

Murió en la Ciudad de Buenos Aires el 2 de junio de 2013

El 17 de agosto de 1922 nació en Quemú – Quemú, provincia de La Pampa. Su padre, Ángel, fue mecánico agricultor y su madre, Juana Domínguez, ama de casa y catequista. Tenía cuatro hermanos y dos hermanas.

A los diez años de edad ingresó como pupilo en la Obra Salesiana de General Acha, en la misma provincia y el 27 de enero de 1940 hizo su Primera Profesión Religiosa en Bernal. Tres años más tarde recibió el título de Maestro Nacional y en 1943 concluyó los estudios de Filosofía y Latín.

De 1944 a 1946 se desempeñó como maestro en la Escuela

Agrotécnica Salesiana de Uríbelarrea. Al año siguiente de realizar sus Votos Perpetuos, en 1947 y durante cuatro años, estudió Teología en Córdoba para ordenarse sacerdote el 25 de octubre de 1950 bajo el lema: *“Con sumo gusto trabajaré y me desgastaré por el bien de ustedes”* (2 Cor 12,17).

Ya ordenado, en 1951 trabajó un año en la obra salesiana de Puerto San Julián, Santa Cruz, y de 1952 a 1956 en la Escuela Agrotécnica de Del Valle, provincia de Buenos Aires. Luego de un breve paso por General Pirán, volvió a esa provincia patagónica para trabajar en la casa salesiana de Puerto Deseado hasta 1961.

Desde 1962 y durante veinte años, el padre Manuel brindó todo su carisma como Director del sector primario de la casa León XIII, del barrio porteño de Palermo.

Con la misma misión, desde 1982 desarrolló la incansable tarea de acompañar el crecimiento de los niños y adolescentes en el San Juan Evangelista del barrio de La Boca, demostrando hasta los últimos momentos de su vida su pasión evangélica y educadora para los más chicos de ese barrio del sur de la Ciudad de Buenos Aires.

En mayo de 2013, el P. Manuel sufrió un ACV y pocos días después se produjo el fallecimiento.

Murió en la Ciudad de Buenos Aires el 2 de junio de 2013.

Estos son lugares, fechas y caminos recorridos por el Padre Manuel, presentados a manera de síntesis de una vida abundante y fecunda.

Es bueno echar una mirada sobre estos campos trabajados y, a paso lento, andar lo andado por Manuel, y simplemente recordar para aprender y continuar la siembra en los surcos del Señor.

Los primeros 14 años de actividad salesiana del Padre Malatesta transcurrieron en la Patagonia austral y en nuestras escuelas agrotécnicas.

Joven maestro, joven sacerdote, supo de los vientos y de los fríos del sur así como del trabajo fuerte y sacrificado del campo.

Hablamos de 65 años atrás, cuando allá en la Patagonia no se contaba con los medios adecuados para superar los rigores climáticos y acomodar el cuerpo a las carencias de los colegios en aquellos tiempos.

Como tantos hermanos nuestros, beneméritos y recordados, el Padre Manuel trabajó como bravo donde, justo es destacarlo, fueron los salesianos los únicos que cubrieron esas zonas de nuestro país educando y evangelizando.

Por aquel entonces ser destinado al sur era como partir a lejanos países de misión. Por eso, el Padre Manuel tuvo oportunidad de cultivar el perfil de los misioneros de la Patagonia salesiana, hombres sacrificados que, con valentía y coraje, cumplieron lo que ofrecieron y profesaron ganándose la mirada cariñosa de Dios.

Los años vividos en nuestras escuelas agrotécnicas le permitieron a nuestro hermano cultivar, a su vez, el perfil de salesianos trabajadores del campo y en el campo como educadores de innumerables jóvenes de los medios rurales.

Estas escuelas tenían sus ritmos de estudios, sus tiempos de trabajos prácticos, su estilo de convivencia a la luz del carisma de Don Bosco. Tanto de día como de noche, en invierno o en verano, durante la semana y en los fines de semana, el campo no daba tregua y los jóvenes alumnos internos tampoco.

Muchos hermanos pasaron por estas casas salesianas dejando jirones de vida, pero felices, con la alegría de una fe comprometida con la vocación y misión elegidas.

Y allí estuvo el Padre Manuel. Sus 90 años nos permitieron conocer lo de antes y, hoy, hacer memoria agradecida de lo hecho. Porque en su historia admiramos las historias de los salesianos que nos precedieron en la siembra y que recordamos con sentido reconocimiento. Por eso consideramos una riqueza haber escuchado o haber conocido y, mejor aún, haber compartido la vida con el Padre

Manuel como felices compañeros de camino.

Y vino el salto, algo así como el comienzo de una segunda etapa de su vida; el salto a la ciudad para desplegar durante 50 años lo que, para Manuel, fue ciertamente una especialidad, como una marca distintiva de su acción educativo-pastoral: la dirección, el acompañamiento y animación de miles de niños y niñas de nuestras escuelas primarias en 2 casas salesianas de la Capital; 20 años en una, 30 años en otra, como señalamos en la síntesis del comienzo.

No es tarea fácil sobrevolar esta segunda etapa y pretender sintetizar 5 décadas de vida de este hermano de fe robusta, agradablemente sencillo, baquiano admirable en la docencia y educación de la niñez.

Pero nos ayuda su lema sacerdotal. Hizo suyo el grito de San Pablo a los cristianos de Corinto: *“Con sumo gusto trabajaré y me desgastaré por el bien de ustedes”*. Este mensaje de genuino estilo pastoral ilumina sus lugares de presencia educadora, los espacios de anuncio del Evangelio y las liturgias de su ministerio sacerdotal. Y en verdad, el trabajo y el desgaste no conocieron barreras y fronteras, y Manuel todo lo hizo “con sumo gusto”.

Quedan huellas de caminos recorridos junto a salesianos y laicos, voluntariosos laderos, que supieron de su inteligencia práctica como director, maestro y guía de tantos chicos.

Enseñando enseñaba a enseñar, decían, porque fue avezado docente que acomodaba su andar al paso de los pequeños alumnos, echando mano de herramientas didácticas y pedagógicas sencillas y exitosas.

Por cierto, en tantos años de escuelas tuvo tiempo de aprobar todas las materias y le sobraron notas como para recibirse de experto maestro y ejemplar educador. Mereció, y bien merecida, la “Distinción del Divino Maestro” en el año de sus bodas de oro

sacerdotales. Los libros lo capacitaron, es verdad, pero la capacitación práctica la obtuvo estando siempre presente en medio de los niños, y los niños fueron sus mejores maestros.

Vivió sus 63 años de sacerdote dando ejemplo de servicio y entrega ministerial. Sabemos que nunca dejó de preparar sus misas; misas para los niños, decía, buscando todos los recursos de cantos, textos, gestos, imágenes y símbolos para que los pequeños gustaran y vivieran los encuentros con el Señor.

Señalamos antes sus dotes y capacidad como maestro, pero admiramos también su habilidad para trasladar esas cualidades al campo de la Catequesis, sumando, además, sonrisas, bondad y buen trato en sus anuncios y mensajes.

Siempre dispuesto al servicio y atención de la gente de la parroquia, de los padres de alumnos, de las familias del barrio, de los enfermos y de la casa de las hermanas de María Auxiliadora. Fue “el bautizador” de esta comunidad parroquial y son incalculables los bautismos administrados por Manuel.

Los hermanos salesianos de comunidad lo tuvimos siempre compartiendo con puntualidad, casi escrupulosa, la oración de las horas, la concelebración de la Eucaristía y la preparación de la Palabra de Dios.

Fue la Virgen Auxiliadora su gran devoción. Hablaba de ella y hablaba con ella. Los niños le cantaban porque el Padre Manuel les proveía de canciones utilizando todos los recursos para que aprendieran a rezarle cantando. Yendo y viniendo hizo caminos rezando el rosario en los atardeceres de todos los días.

Amaba a Don Bosco, le rezaba y lo hacía conocer más que con las palabras con su vida, aplicando celosamente el Sistema Preventivo en todos los terrenos de sus actividades formativas. Es interesante dibujar su silueta de buen salesiano a través de su

presencia, de su estar siempre entre los niños y adolescentes, de su “asistencia salesiana” cuidando, ayudando y acompañando siempre.

El Padre Manuel hacía felices a los niños condimentando su presencia con la alegría que Don Bosco siempre quiso que reinara en sus casas. Por eso, fue hombre de paseos, caminatas y excursiones, de música, cantos y teatros, de recreos y deportes, pero no desde el banco de suplentes sino siempre como titular, siempre primero, siempre al frente.

“No hay casa salesiana sin patio, no hay patio sin salesiano”. Hablar de patio era hablar del Padre Manuel. Ese era su “lugar preferido”, lugar de encuentros y diálogos, de sonrisas y apretones de manos, lugar de correcciones y consejos, lugar de alegría y libertad. Y en el patio estuvo rodeado de chicos hasta los últimos días de sus 90 años.

Hoy lo buscamos. ¡No puede ser que no esté allí! Falta el cacique de esas tribus juveniles bullangueras.

Con cariño hemos tratado de dibujar, a grandes trazos, la fisonomía sacerdotal, salesiana y educadora del Padre Malatesta.

Exalumnos, docentes y otras personas que compartieron el camino con él, podrán contarnos anécdotas y momentos felices de la vida del padre y con el padre Manuel.

Nos reservamos algunos renglones para recordar a nuestro hermano salesiano.

Bajo el techo de una casa de Don Bosco, los salesianos formamos y somos iglesia doméstica unidos por los lazos de la caridad, compartiendo todo en clima de familia. Vivimos y trabajamos juntos, no rejuntados ni amontonados, sino reunidos en nombre del Señor que está en medio nuestro como Hermano Mayor y nos convoca a vivir la auténtica fraternidad evangélica.

Pues bien, en estos años disfrutamos, más aún, nos

enriquecimos con la presencia sencilla del Padre Manuel, con su actitud siempre servicial y su modo de ser alegre y sereno. No sólo formó parte de la comunidad sino que fue constructor de la comunidad hasta en los pequeños detalles. Seguramente fue siempre así durante sus 73 años de vida religiosa salesiana.

Cuando lo veíamos de aquí para allá ampliando fotos, paisajes y escenas de familia, armando guirnaldas, inflando globos e inventando adornos, era señal de que se acercaba el cumpleaños de algún hermano. ¡Había que hacer fiesta! Él era feliz haciendo felices a los demás.

Vivimos con alegría los momentos familiares en la mesa y lo atacábamos esperando sus graciosas reacciones y respuestas. Y él se parapetaba detrás de sus años y con una sonrisa pícaro contraatacaba y nos “empaquetaba” entrando al ruedo con salidas inesperadas.

Al revivir estas escenas fraternales, casi pueriles, queremos disimular la emoción que aún sentimos al recordar que, precisamente en la mesa, entre sonrisas y dichos, el Señor vino a golpear las puertas de la vida del Padre Manuel. Un ACV lo dejó en silencio, y nos dejó en silencio. Los hermanos de la comunidad lo acompañamos y cuidamos con cariño. Días más tarde partió. Se lo llevó el Señor.

Aquí, en San Juan Evangelista, en la primera parroquia salesiana del mundo, al mirar sus restos mortales al pie del altar recordamos su lema sacerdotal: *“Con gusto trabajaré y me desgastaré por ustedes”*. Y Manuel cumplió.

Hubo caricias, miradas, plegarias y lágrimas de chicos, jóvenes, grandes y también de sus hermanos salesianos.

En la concelebración de la Eucaristía le pedimos al buen Jesús que lo lleve a la casa de su Padre donde “hay muchas habitaciones”.

Seguramente más de uno le habrá susurrado a la buena Auxiliadora que consiga de Dios para Manuel un pedazo de patio en

el cielo para que no extrañe la tierra, para que no se olvide de nosotros.

Comunidad Salesiana
Casa Salesiana San Juan Evangelista
La Boca-CABA

¡Gracias, Manuel!

El pasado domingo 2 de junio, el padre Manuel Malatesta dejó este mundo para habitar el gran oratorio del cielo, desde donde, sin duda, junto a muchos otros nos seguirá cuidando, como cuando compartía día tras día el saludo a la mañana temprano con cada chico del primario.

Si de cuidados se trata, sin duda seguirá estando a través de los que de él aprendimos a estar siempre en el recreo asistiendo, repartiendo medallitas, estampitas, diciendo una palabrita y tocando con cariño una cabeza, de esas que se encuentran apenas a un metro del piso.

Si de asistencia hablamos, sin duda estará presente en cada cerro que escalemos junto a los pibes, con paso rápido y firme, siempre adelante para animar y tener la mirada de todo el grupo.

Nos dejó mensajes claros y concretos que aprendimos a través de obras, pocas palabras y menos reuniones: el amor a la Auxiliadora, la misa de cada mes, donde la música ocupaba un lugar importante, el adaptarse a los nuevos tiempos y querer estar al tanto de por dónde pasa la vida de los chicos, el respeto y cuidado del otro con gestos sencillos que hacían que cada uno se sintiese querido de forma particular.

Gracias, Manuel, por tu vida entregada, por tu ser maestro siempre y por tu sacerdocio para los demás.

Me despidió convencida que de esto se trata el sistema preventivo.

Mariel Giordano

¡Y... fue feliz!

El padre Manuel, todas las mañanas, puntualmente nos esperaba y nos recibía en la puerta del colegio. Para él era importante extender la mano y entrecruzarla con cada uno transmitiendo bondad y confianza.

Estamos tristes porque se fue. Estamos alegres porque lo conocimos. Lo vemos paseando por los patios con su guardapolvo blanco orgulloso de ser maestro y director de escuela primaria.

Su nombre brilla en el patio. Ese era el "lugar" del P. Manuel. Como pocos comprendió

eso de educar estando y que la mejor manera de estar era en el patio.

El P. Manuel fue una gran persona. Hombre recto, sin dobleces. Alumnos, ex alumnos, docentes y gente de la parroquia lo amaban y gozaron de su generoso sacerdocio y de su gran espíritu de educador salesiano.

Gran docente, estaba siempre y su presencia era verdaderamente educativa, formadora de multitudes de niños y jóvenes. Educó, más que con las palabras, con el ejemplo.

Era un sacerdote salesiano guardián de la vida de los niños. Su muerte hoy nos recupera la memoria de nuestra infancia, de nuestra niñez. El P. Manuel fue siempre un gran seguidor e imitador de Don Bosco.

Partió para el cielo un gran sacerdote. Hombre de gran fe, siempre educó a todos, niños y grandes, con el evangelio en la mano. Y fue feliz, lo veíamos feliz, feliz de ser cura, feliz de ser salesiano.

Juan José Chiappetti

¡HASTA EL CIELO, PADRE MANUEL!

¡GRACIAS POR TODO LO QUE CAMINÓ CON NUESTRA COMUNIDAD!

Cómo no agradecer la presencia constante, responsable, sencilla

del Padre Manuel en nuestra comunidad religiosa y educativa. El querido Padre Manuel fue capellán de las Hijas de María Auxiliadora de La Boca durante tantos años que ¡ya perdimos la cuenta! Todos lo recuerdan como el padre de las hermanas, nos regaló lo que él consideraba más valioso, la Eucaristía. Nos hacía gustarla como el centro de la jornada, de la casa, de la vida. Empezaba siempre puntual y aceptaba que llegáramos retrasadas por las corridas del día a día, porque sabía que también esas preocupaciones y alegrías iban al altar...

Fue valorando cada cambio que le proponíamos, “si es para celebrar mejor”, -decía- y se animaba, de celebrar en el altar de la capilla a consagrar en la mesa de nuestro comedor en la cercanía del círculo donde compartíamos todos. Él también nos actualizaba en la liturgia, por ejemplo, encargándose de que tuviéramos el nuevo misal o compartiendo las noticias salesianas y parroquiales. Era puente.

Manuel estaba en los detalles, atento a todo, daba bendiciones a quien se lo pedía, y saludaba con ternura a los chicos del jardín que durante la semana iban entrando cuando él salía. Cada domingo llegaba con su sermón bien preparado porque sabía que los vecinos que se acercaban a la misa dominical atesoraban la Palabra y valoraban su palabra durante toda la semana. Disponible para escuchar confesiones y dar buenos consejos, todos sabían que lo iban a encontrar. Por eso es que todos, hermanas y laicos, lo extrañamos, lo recordamos y lo despedimos, hasta la misa del cielo que estará preparando para que todos hagamos comunión.

-Comunidad Hijas de María Auxiliadora, La Boca-

DON BOSCO VIVO EN LA BOCA

Hablar del Padre Manuel es como ver hasta hoy en día a cura que “siempre está”. Él era EL DON BOSCO DE LA BOCA. Recordar su llegada en 1982 a nuestra casa, a su casa, como director de primaria fue descubrir un sacerdote que se encontraba siempre atento a las necesidades de los chicos, que vivía el sistema preventivo en el patio, que viajaba con ellos en séptimo grado, siendo el primero en subir o bajar de cada cerro en

Córdoba. Como sacerdote después del horario escolar vivía su fe intensamente, siempre una palabra hacia nosotros, hacia la feligresía, preparando sus sermones y a pesar de hablar poco o “lo justo” su interés por actualizarse fue el estar siempre joven. Por la computadora, Internet, Excel, Word, y tanto más. Se preocupaba por venir a la administración para interesarse por tema de la economía de la casa, de la personal suya y la de su familia. Muy dispuesto a recibir información y sorprendido por lo que descubría con ella. Con su espíritu joven se lo veía siempre caminando por la terraza de la comunidad salesiana escuchando su radio como una forma de ejercitar sus músculos y así mantener su estado.

Incansable en la formación y acompañamiento de los chicos, su presencia en la comunidad salesiana con su tarea de actualizar las crónicas y ser el encargado de los festejos de los cumpleaños de sus hermanos. Domingo a domingo a las 9 con la misa en el colegio María Auxiliadora, sus misas en el San Juan, hicieron que los adultos también descubran a un sacerdote no sólo cerca de los chicos sino también de los grandes. Se notó en sus 90 cuando el festejo en el patio después de la misa la gente se acercaba a saludarlo y a brindar con él, quizás sin saber lo que les había dejado a cada uno en su corazón.

Hoy lo estamos recordando, nunca despidiendo, ya que vino a La Boca para quedarse y si bien partió en su Pascua, está y estará presente en cada uno de los que compartimos con él este tiempo con la convicción que nos esperará para recibirnos como cuando entramos al colegio, al trabajo, y nos buscaba repartiendo el Boletín Salesiano a cada empleado y docente de la Casa.

Gracias, Padre Manuel, por tu entrega, tu compartir y enseñanza silenciosa, presente y ejemplar.

FUISTE Y SOS EL DON BOSCO VIVO DE LA BOCA

-Contador Francisco Pierro-

Datos para el necrologio: El P. Manuel Malatesta nació en Quemú-Quemú, provincia de La Pampa, el 17 de agosto de 1922. Falleció en la Ciudad de Buenos Aires el 2 de junio de 2013. Tenía 90 años de edad, 73 años de salesiano y 62 años de sacerdocio.



Padre Manuel Malatesta

1922-2013



**SALESIANOS
ARGENTINA SUR**



imprensa
La Piedra
escuela taller salesiana